

ter, admirablemente formado para la sosegada administracion de aquel apacible ducado, no podia servir ni por asomo para la direccion de las grandes y varias provincias de que se componia el imperio austriaco. Encontróse á la monarquía por todas partes conmovida, á consecuencia de las reformas é innovaciones que su antecesor introdujera; á las provincias de la Bélgica en una insurreccion abierta; á la Bohemia y al Austria inferior dominadas por un vehemente descontento, y á la Hungría en un estado de insubordinacion imponente. Para colmo de males, las semillas de la Revolucion iban cundiendo con rapidez por la Polonia, en un período en que la discordia que reinaba en el país, y la debilidad de su gobierno, presentaban muy poca esperanza de que pudiese salir de sus apuros sin una invasion estrangera; y desde luego se preveia que el despojo de sus ricos é indefensos planios seria la manzana de discordia que hiciese saltar á la palestra á las ambiciosas monarquías militares que la circuian (1).

Al fin la contenida indisposicion de los flamencos se convirtió en una insurreccion declarada. En el otoño de 1789, en el período precisamente en que los franceses se levantaban contra las clases privilegiadas y la autoridad eclesiástica, tomaban los Países bajos las armas para sostenerlas. La Francia intentaba obligar á su gobierno á que dictase medidas liberales, y

Rebelion de los flamencos contra el Austria, Setiembre 1789.

(1) Hard., I, 79, 80.

Flandes pedia la revocacion de las del mismo género que habia introducido su soberano; Bruselas, Gante y Mons cayeron con prontitud en manos de los insurgentes, y la rapidez con que acontecieron estos desastres, causó la muerte del emperador José. Pero no fueron de larga duracion estos triunfos. Su sucesor Leopoldo tomó las mas enérgicas medidas para restablecer su autoridad; los partidarios de la aristocracia vinieron á las manos, con los de la aristocracia, en las provincias insurreccionadas; los franceses, indignados de que reprobasen sus principios los rebeldes aristócratas, se negaron á prestarles apoyo (1); la marcha del mariscal Bender á la cabeza de las fuerzas del imperio, fué un continuo triunfo, y las tropas austriacas se rehicieron de toda la estension de los dominios flamencos con mucha mayor facilidad que aquella con que los habian perdido.

La casa de Hapsburgo se conservaba aun en la dignidad de imperio; empero los títulos altisonantes y el notorio ascendiente de los Césares no bastaban para ocultar la debilidad de su dominio. La vasta y pesada máquina del imperio estaba dirigida por la Dieta cuya residencia era Ratisbona y que se componia de tres corporaciones; la de los electores, la de los príncipes y la de las ciudades libres. La primera, el número de cuyos electores se habia resuelto por el tratado de Westphalia que seria el de ocho, á los cuales mas adelante se agregó Hanover, poseia

(1) Hard., I, 88, 90.

por único derecho el de elegir al emperador; la segunda, que se componia de 33 prelados y 61 príncipes, gozaba de poca influencia y solo servia para estimular la codicia de sus superiores; y la tercera, que consistia en 47 ciudades, era consultada por pura fórmula y no tenia verdaderamente voto alguno en los negocios públicos. Cada una de estas asambleas se encontraba en la obligacion de dar cierto contingente de tropas para la defensa del imperio; pero estos soldados, hallándose divididos entre si por pertenecer á distintos paises, eran de un amparo muy débil, de suerte que la fuerza positiva del imperio consistia en las monarquias austriaca y Prusia. (1)

La fuerza militar de la Prusia, que elevara el gran Federico en virtud de su ingenio y sus triunfos al mayor grado que era posible segun los recursos que presentaba el pais, habia convertido á este insignificante reino en una de las potencias de primer orden del continente europeo. Su ejército, que constaba de 160 mil hombres, incluyendo en este número á 35 mil de caballeria, se hallaba en el estado mas brillante en cuanto á disciplina y equipo; pero esta fuerza sin embargo de ser numerosa no formaba sino una pequeña parte de la total con que contaba el reino. Por el admirable sistema de organizacion establecido, todos los jóvenes del estado estaban obligados á servir por un tiempo determinado desde sus mas floridos años; y esto daba por resultado

(1) Hard., I, 8, 9.

no solo que se generalizase el amor á la carrera de las armas, sino aun que en todos tiempos conservase la nacion en su seno un acopio inagotable de veteranos aguerridos que en un momento crítico pudiesen volar á su defensa. Estando limitado á solo cuatro años el tiempo de servicio, no se temia allí á la carrera militar la aversion que en otros paises, la cual proviene de que se hace en ellos servir á los ciudadanos por un término ilimitado; por el contrario abrazábala con gusto la juventud en Prusia, porque abria campo donde se esplayase el espíritu activo y emprendedor del hombre en ese periodo de la vida. La Prusia recogió los frutos de tan acertado sistema cuando hizo frente á las tres mayores potencias de Europa durante la guerra de siete años, y á la misma causa debió el inmenso número de intrépidos campeones que volaban á ponerse bajo sus banderas durante la lucha revolucionaria. (1)

A la muerte de Federico el grande, considerábase al ejército pruso como el primer ejército de Europa. Enorgullecidos por haber sostenido una lucha de que no se encontraba ejemplo en las páginas de la historia moderna, y por el talento sin igual de su gefe, los soldados prusos poseian no solo la fuerza moral que es tan necesaria para la guerra, sino aun una consumada instruccion, que se les habia hecho adquirir por medio de un constante ejercicio, en el rápido movimiento de las grandes masas. Las evoluciones que en una

(1) Jomini I. 231, 232. Hard., I, 37.

proporcion inmensa, hacia anualmente el ejército, le familiarizaron con este indispensable ramo, y bajo los científicos auspicios de Seidlitz; logró perfeccionarse su caballería hasta el grado de llegar á ser la mejor de Europa. En Berlin y otros puntos habia escuelas, establecidas bajo muy buen pie, donde aprendian el arte de la guerra los jóvenes á quienes se destinaba á oficiales; y en aquel estado, de igual modo que en las demas monarquías de la parte septentrional de Europa, todos los jóvenes de consideracion se dedicaban á la carrera de las armas. De consiguiente reservábase á la nobleza los mas encumbrados empleos del ejército; pero fué abandonándose despues esta odiosa preferencia, y en la terrible lucha que se suscitó en 1813, no pudo menos la Prusia que alegrarse de haber introducido tal cambio. (1)

Los Estados de que la monarquía prusa constaba, no se hallaban tan unidos ni inmediatos á ella como los de que se componian los dominios del Austria. No habia trazado la naturaleza en el primer reino líneas como el Rhin, los Alpes ó los Pirineos, que pudiesen servir de límites territoriales; no contaba con caudalosos rios ni con series de montañas que sirviesen de proteccion á sus fronteras, y tenia pocas plazas fortificadas que la preservasen de las incursiones de las vastas monarquías militares que la circuian. Su territorio comprendia una área de catorce mil leguas cuadradas; y su poblacion, que se habia

(1) Jom., 228, 231.

aumentado á casi el doble durante el reinado de Federico el Grande, ascendia á cerca de ocho millones de almas, pero se componia de distintas razas, hablaba diversos idiomas, profesaba diferentes religiones, y carecia de fortificaciones internas y esternas que la protegiesen. Su frontera del lado de la Rusia, el Austria y la Polonia, que abrazaba una línea de doscientas leguas, se hallaba absolutamente destituida de fortificaciones: la Silesia solo disfrutaba de la doble ventaja de poner tres líneas de fortalezas, y de haberla colmado, en este respecto, de sus dones la naturaleza. De suerte, que la defensa nacional dependia solo del ejército y del esfuerzo de los habitantes; pero animados todos por el recuerdo de sus hechos durante la guerra de Siete Años, hallábanse en el grado mayor de entusiasmo [1].

La forma de gobierno que regia, era la de un despotismo militar; no existian privilegios de individuos ó corporaciones que modificasen en manera alguna la autoridad del soberano; desconocíase la libertad de la prensa; mas sin embargo, la sabiduría y benevolencia de la política interior del Estado, mitigaban el rigor que en virtud del sistema hubiera debido ejercerse. Esta política, que estableciera Federico el grande, se habia convertido en principio constante, que invariablemente siguió la administracion de sus sucesores. No hubo pais de Europa, sin exceptuar á la Inglaterra ni á la Suiza, donde mayor

(1) Hard., I, 37, 39.  
TOM. II.

respeto se tuviese á los derechos individuales, ni donde se observase con mas rigidez la justicia, tanto en los actos de los tribunales como en las medidas del gobierno, relativas al interior de sus dominios. "Que se haga todo por el pueblo, y que nada haga el pueblo por sí," era el principio que aquella administracion seguia. La tolerancia establecida, que rayaba ya en el exceso, habia degenerado en indiferencia é impiedad, que son sus funestas compañeras, en muchas de las clases mas encumbradas del Estado. En la capital, que imitaba la disolucion de Paris, las costumbres estaban corrompidas, y la clase media, uniéndose por medio de secretas sociedades francmasonicas, comenzaba á poner en fermento aquellos violentos afectos que mas adelante ejercieron tan importante influjo en los destinos de la Europa [1].

El poder de la Rusia, que Federico fué el primero que conociera en la terrible batalla de Cunnersdorff, empezaba en la época que describimos, á inspirar inquietud á las potencias del norte de Europa. Este imperio inmenso que comprende á la mitad de Europa y de Asia dentro de los límites de sus dominios, defendido por inaccesibles regiones heladas, á cubierto de toda invasion por la estension de su superficie y la crudeza de su clima, habitado por una raza indómita y sufrida, que está siempre dispuesta á trocar la vida cómoda y variada del Sur por las penaliada-

(1) Hard., I, 40, 41.

des y la monotonia del Norte, se hacia de dia en dia mas formidable á las libertades de Europa. La emperatriz Catarina, dotada de una energía y de una ambicion varoniles, ocupábase con empeño en hacer una guerra sangrienta contra la Turquía, guerra en que la astucia que caracteriza á la guerra civilizada, se aprovechaba del entusiasmo que inspira toda cruzada religiosa. Habia dado principio la campaña con la toma de Oczakoff, punto que con facilidad cedió á la audacia y fortuna del príncipe Potemkin; pero el ésfuerzo de los turcos aun cuando por tanto tiempo dormitara, se habia elevado al fin á su mayor extremo. Aunque eran indisciplinados y débiles en campo raso, mostrábanse invencibles cuando combatian tras de murallas; de suerte que los mas insignificantes fortines guarnecidos por tales guerreros, no se podian tomar sino á costa de un sacrificio enorme de sangre y numerario. Empero presentóse otro nuevo y terrible enemigo á los otomanos, en la persona de Suwarrow, que era uno de esos hombres extraordinarios que por la fuerza de su caracter, alteran los destinos de las naciones. Este general, hombre de resolucion y de un valor intrépido, y que ejercia sobre el animo de sus soldados una influencia religiosa, se pasó á los austriacos con 8 mil hombres, en momentos en que estos sostenian una pelea de écsito dudoso, con cincuenta mil hombres, hácia las márgenes del rio Rymniskí, y comunicó tal energía con su incorporacion á estas tropas, que obtuvieron completa victoria

sobre una masa superior de turcos. Empleósele mas adelante en el sitio de Ismael, y particularmente por el ascendiente superticioso que tenia sobre sus soldados, tomó por asalto aquella famosa fortaleza, á pesar de que la defendian 24 mil hombres de los mas valientes de Turquía. La Gran Bretaña hizo uso con tiempo de su diplomacia para evitar al imperio otomano las calamidades que le amenazaban; presentáronse entretanto nuevos objetos de contienda; suscitáronse nuevas luchas con motivo de la Revolucion de Occidente, y quedó reservada para otro siglo la gloria de plantar la cruz sobre el domo de Santa Sofia. (1)

Desde mucho tiempo atras se habia hecho célebre la infantería rusa por su inmóvil firmeza; en Pultawa, Cunnersdorff, Choczim é Ismael hizose distinguida; y la caballeria, aunque era infinitamente inferior á lo que es hoy en cuanto á disciplina y equipo, adiestróse en el servicio durante la guerra con los turcos, y cabalgaba en una raza de caballos; admirable por su vigor; la artilleria, que hoy vemos bajo un pie tan brillante, no era notable en aquel tiempo sino por lo pesado de sus truenos y el obstinado valor de las tropas de esta arma. Formábanse los ejércitos con cierta porcion de conseritos que se tomaba de entre cada ciento de los habitantes varones; sistema que empleado en una poblacion numerosa y que con

(1) Lac., VIII, 155, 156, Ann. Reg., XXXIII, 201 La Rusia, por Fooke, I, 128. Segur II, 279.

tanta rapidez se aumenta, debia producir un increíble refuerzo de tropas. En 1792 ascendian á 200 mil hombres, pero de esta fuerza solo estaba disponible la mitad para operaciones de campaña, pues el resto permanecia constantemente acantonado hácia el Pruth, el Cáucaso, y las fronteras de la Finlandia. Sin embargo, no hemos incluido en este número á la juventud de las colonias militares, que adquirió suma importancia mas adelante, ni á los bien conocidos Cosacos del Don. Esta fuerza indisciplinada, compuesta de las tribus de pastores que habitan las provincias meridionales del imperio, casi nada cuesta al estado; no tiene mas que hacer el gobierno que expedir una orden solicitando cierto número de individuos de los que forman aquellas intrépidas cuadrillas, para el servicio de la campaña, y acuden á su llamamiento multitud de jóvenes fogosos equipados á sus espensas, montados sobre caballos de pequeña estatura pero incansables, dispuestos á sufrir todas las penalidades de la guerra en cumplimiento del deber que les liga á su soberano, y alhagados por la esperanza del saqueo y por la vida aventurera de la campaña. Dotados de toda aquella inteligencia que es peculiar al carácter pastoril y salvaje, y sometidos ademas, hasta cierto punto, á la disciplina militar, forman las mejores fuerzas que pueda darse en la clase de tropas ligeras, y producen efectos mas terribles en un ejército en retirada, que

lo mas selecto de las guardias francesas ó rusas. (1)

Habituado desde su infancia á las penalidades de la vida, el soldado ruso es mas propio para resistir á las fatigas de la guerra, que ninguno de los demas de Europa. La obediencia á sus gefes es para él el mas sagrado de los deberes; sumiso á la disciplina como á los preceptos de la religion, no hay para él fatiga ni privacion que le haga olvidar el cumplimiento de sus obligaciones. Durante cada marcha, durante campañas enteras, obsérvase á los artilleros á la inmediacion de sus piezas, en el puesto que les han asignado sus gefes, y nada es capaz de hacerles abandonarlos sin previa autorizacion para ello. Los carromateros se ponen á encerrar sus harnesses á campo raso, bajo un frio de 15 grados en el termómetro de Reaumur, con la misma tranquilidad y esmero que si se estuviesen preparando para un dia de parada, y se encontrasen bajo la mas benigna temperatura. Esta admirable exactitud ocasiona que sean sumamente raras sus derrotas; y se han habituado tanto estos soldados, en las guerras que han tenido con los turcos, á cifrar su seguridad en estrechar sus filas, y á contar con una infalible destruccion si huyen, que es rara la vez que se les dispersa. Aunque no tienen aquella facilidad de reunirse despues de una derrota, que dá á los soldados franceses su elevada inteligencia, sí po-

(1) Jom., I, 254, 158.

seen mayor firmeza, y de consiguiente hay en ellos menos posibilidad de dispersarse. (1)

Todo el anhelo de la nacion está dedicado al ejército. El comercio, las leyes, y las profesiones civiles, no gozan de consideracion alguna; todos los jóvenes de representacion se consagran á las armas. En diversos puntos del imperio hay establecidos inmensos colegios militares que arrojan anualmente lo mas florido de la juventud á esa brillantísima carrera: su elevacion en el ejército depende absolutamente de los hechos; y los herederos de las mas distinguidas familias se ven obligados á empezar á servir por los grados mas subalternos. Arrostran las penalidades y los peligros de la campaña con la misma intrepidez que los simples soldados; víoseles al lado de estos, ya en el asalto de Ismael ya en su marcha por los hielos de la Finlandia. Todos pueden con igualdad obtener ascensos, sea cual fuere la condicion de que procedan: (2) todo gobierno cuya existencia esté cifrada en sus hazañas militares, se vé en la indispensable necesidad de premiar al verdadero mérito, de suerte que la mayor parte de los oficiales que tienen mando en el ejército, proceden de las clases ínfimas del estado.

Pero, aun cuando ya por aquel tiempo aparecia formidable el poder de la Rusia, estaba muy distante el mundo de preveer el brillantísimo papel que habia de representar en la lucha que

(1) Jom. I, 256.

(2) Jom. I, 257.

iba á seguirse. Su inmensa poblacion, que solo en sus dominios europeos ascendia á cerca de treinta y cinco millones de almas [1], la proporcionaba un acopio inagotable de tropas. Los destrozos que hacia la guerra ó la peste entre sus habitantes, muy en breve se reparaban, porque el número de aquellos, cada cuarenta años se duplicaba. Sus soldados, acostumbrados al calor y al frio desde su infancia, y dominados por una ciega adhesión al Czar, reunian en sí el indómito valor de las tropas inglesas á la impetuosa energía de las francesas. Temida de todas las demas naciones sus vecinas, y demasidamente remota para abrigar la idea de que se intentase dirigir sobre ella algun ataque, no habia motivo alguno que la impidiese prestar toda su fuerza disponible para que se sirviese el extranjero, importándole muy poco la escasez de recursos pecuniarios, mientras se pudiese contar con que los caudales de la Inglaterra proporcionarían el elemento mas necesario para la guerra. Antes de la conclusion de las hostilidades, vió la Francia pasar revista en los planios de la Borgoña á ciento cincuenta mil soldados rusos, fuerza mayor que aquella con que combatió, Atilla en los campos de Chalons.

La Polonia, pais que mas adelante debia ser teatro de gloriosas proezas, se hallaba, al principio de la Revolucion francesa, gimiendo bajo la opresión del yugo extranjero. Esta nacion heroína, que fuera por

(1) La Rusia, por Tooke, II, 138.

tan dilatado espacio de tiempo el baluarte del Cristianismo contra los turcos, y la libertadora de la Alemania bajo el reinado de Juan Sobieski, antiguo conquistador de Rusia, habia sido víctima de una conspiracion atroz en 1772. La planimetría de su superficie, la falta de plazas fortificadas, y la debilidad que es consiguiente á toda nacion que esté regida por una monarquía electiva, y tenga en su seno á una turbulenta democracia, habian hecho infructuoso todo el valor del pueblo, y la mayor parte de aquellos dominios habian caido en manos de sus ambiciosos vecinos, en la época de que hacemos mencion. En 1792 encontraron nuevo pretesto para volver á ejercer su rapacidad los soberanos inmediatos. Estanislao Augusto, último soberano en el nombre, habia concedido á sus vasallos una constitucion mejor adaptada de lo que hubiese podido esperarse, á la peculiar situacion del pais. En ella se declaraba elegible la corona, pero hereditaria la dinastía, y nombrábase á la princesa de Sajonia heredera del trono despues del fallecimiento del rey. La corona habia de proponer las medidas legislativas y los decretos, y estos habian de ser sancionados por las cámaras de Lores y Comunes. Los nobles abandonaban el privilegio de desempeñar esclusivamente todos los cargos públicos, y para que se fuese elevando gradualmente el pueblo, se precisaba al rey á que en cada período de sesiones de la dieta, ennobleciese á treinta individuos de la clase media. Declaróse, en fin, que la religion católica era la establecida.